

Atrapado en el Camino.

Rubén Mayoral Fernández

Relato ganador del VI CONCURSO DE RELATOS BREVES SOBRE EL
CAMINO DE SANTIAGO MOZÁRABE-SANABRÉS

Vivo atrapado en el camino, recorriéndolo una y otra vez en busca de mi identidad perdida, de un recuerdo más nítido que cualquiera de los millones de sensaciones, sonidos, olores y palabras que pueblan mi memoria y que no consigo ordenar. Cada día que pasa, cada húmedo y sombrío amanecer en que los tibios rayos de sol me envían su reconfortante abrazo sacándome del sopor que precede al alba, cada momento de consciencia que ilumina esta mísera existencia, trato de bucear en las profundidades de mis recuerdos para tratar de averiguar quién soy realmente, sin conseguirlo. Mi desesperación crece con el paso de un tiempo que ya comienza a antojarse eterno. Soy reo de una cárcel inmensa, alargada como luengo es el camino; esclavo de algún tipo de maldición o poderosa superstición que me impide traspasar unos límites que algún extraño demiurgo ha impuesto a mi condena. ¿Qué tan terrible crimen puedo haber cometido para sufrir semejante pena, sumergido en una onírica y delirante nebulosa de ensoñaciones que no puedo descifrar?

Habito entre Granja de Moreruela y las proximidades de Lubián, atrapado en el camino sanabrés. Vivo agazapado; oculto como una alimaña entre la feraz espesura, que es mi refugio y mi hogar. Aprovecho las sombras de la noche para cruzar los pueblos, disfrutando a menudo de invadir la intimidad perdida de familias desaparecidas, introduciéndome al albur de las sombras de la noche en alguna de las cada vez más numerosas casas abandonadas por el éxodo de la juventud y el abandono de sus mayores. Trato de mantenerme lejos de las miradas de la gente, a la que me gusta contemplar en la distancia, observar sin que me vean, espiar; siempre temeroso de relacionarme con otros humanos, pues soy consciente que mi aspecto montaraz puede resultar inquietante. En contadas ocasiones, recorro algún corto trecho en compañía de algún peregrino que desgasta su calzado y clarifica su alma por las sendas del camino; siempre

al abrigo de la espesura y lejos de miradas indiscretas. Disfruto de su compañía robándoles la mochila, confundiéndolos en algún cruce o haciéndoles mojar los pies en un arroyo, antes de desaparecer en alguno de los mil puentes o recodos del camino. Lo hago obedeciendo a algún extraño e irrefrenable impulso canalla que perdura y proviene de mi interior y que me produce tanto mayor regocijo cuanto más perversa sea mi acción.

Pero lo más desquiciante de mi anónima existencia, es la absoluta incapacidad para vencer el encierro al que me somete esta prisión que para mí es el camino sanabrés. Hay dos cosas que por más que intento no soy capaz de realizar: recordar mi identidad y traspasar los límites geográficos de mi cárcel.

Cada vez que llego a uno de sus bordes, trato de huir, de violar esa frontera figurada; pero algo más fuerte que mi decisión me lo impide. No sé cómo describir lo que siento cuando en los alrededores del abandonado monasterio de Santa María de Moreruela, trato de alejarme del camino. Apenas comienzo a andar en otra dirección, un dolor opresivo y una rigidez paralizante atrofia mis articulaciones y me impide dar un paso más allá de sus ruinas; sensación dolorosa e insoportable que remite apenas vuelvo a mi redil, nada más que me acerco de nuevo a los monumentales vestigios del magnífico monasterio cisterciense. Sus ruinas, bellamente restauradas, me atraen con un poder magnético e irrefrenable, dando reposo a mi dolor. Fracasado mi intento de fuga, al amparo de las sombras de la noche, disfruto del lugar hasta el amanecer, en compañía de ululatos siniestros de búhos y lechuzas. Recorro el claustro y la sala capitular; admiro los siete arcos de su girola, mil veces contemplada y que aún hoy me deslumbra por su perfección; acaricio las estilizadas líneas de las columnas del transepto de la nave central sin techumbre, que apuntan hacia un cielo plagado de estrellas. Cuando mis dedos ásperos se deslizan por sus milenarios sillares, devotamente tallados por el cincel de artesanos ancestrales, imagino a los monjes cistercienses bajo los lechosos rayos de luz de luna. Rodeado de fantasmas, me parece ver al vizconde Joseph Jacques de Nayles ordenando estabular los caballos de su regimiento en la nave central de la iglesia, en 1808, mientras los dragones horadan con sus botas extranjeras la sagrada tierra cultivada por los últimos monjes. O se me aparece el último abad y sus hermanos abandonando definitivamente el lugar, exclaustrados por la

desamortización de Mendizábal en 1835. Santa María de Moreruela es diferente; sus ruinas la hacen mágica para mí, como si me sugiriesen alguna familiaridad olvidada, inherente a mi desconocido pasado.



Ruinas de Santa María de Moreruela.

El otro barrote que me sujeta a este tramo del camino, convertido en mi prisión, es el bosque del Tejedelo, a cuatro jornadas de las ruinas; un lugar mágico y pagano entre Requejo de Sanabria y Lubián, donde está la otra puerta del sanabrés y mi única alternativa de huida, fracasado el intento por Granja de Moreruela. Cuando penetro en el Tejedelo, bella alfombra esmeralda de las estribaciones de la sierra de Gamoneda, entre tejos milenarios y robles de acanaladas cortezas, ascendiendo por las veredas que siguen el cauce encantado del río Castro, la naturaleza me absorbe de tal manera, me engulle de tal modo, que nunca soy capaz de alcanzar el otro lado. El bosque se vuelve un laberinto inmenso, algo incomprensible para alguien capaz de vivir refugiado entre escobas y brezales, de alimentarse de bayas y raíces o de robar los petates de los peregrinos sin que se percaten de mi presencia. Y, sin embargo, al deslizarme entre las sombras de estos árboles milenarios, al sentarme sobre los gruesos escalones que forman sus raíces, mi orientación se difumina entre nuevas ensoñaciones. Aquí no es un dolor agudo y maldito lo que me sujeta al terreno, sino la fuerza natural del bosque la que me retiene con sus ramas, con sus claroscuros y contrastes, con sus arroyuelos y humedades, no permitiéndome salir de sus entrañas, sino por el mismo lugar por el que he accedido, en la otra dirección del camino.



Bosque del Tejedelo.

No sé si son años o siglos los que hace ya que deambulo por estas tierras; no conozco mi edad ni de dónde proceden estos ropajes extraños con que me visto; ni cómo puedo sobrevivir tan ajeno a las pasiones del hambre y la sed, que tan solo sacio por el placer de robar las viandas. Después de infinitos intentos de salir de mi encierro, de ímprobos esfuerzos por rescatar de lo más hondo de mi conciencia y mi memoria la identidad perdida, me siento desfallecer, invadido por la más absoluta de las flaquezas. No deseo otra cosa sino liberarme de mi maldición, aunque ello suponga poner fin a mi existencia. Busco un precipicio por el que arrojarme, una roca contra la que golpear mi cabeza; abandono el bosque brincando, arrastrándome por el suelo y chapoteando entre las pozas del arroyo próximo, tratando de golpearme contra los cantos de su cauce. Finalmente, sin lograr mi objetivo, agotado, magullado, empapado y cubierto de barro, me desplomo a la vera de una senda y decido cerrar los ojos; en la esperanza de que la sombra de la muerte me encuentre allí, entre las piedras del camino y decida llevarme consigo.

Cuando abro los ojos, veo ante mí a una niña peregrina sola, de no más de nueve años; un dulce y angelical rostro que me contempla desde la distancia de la indiferencia, mirándome con candorosa e infantil crueldad. Ella escruta fijamente mi aspecto lamentable y yo no soy capaz de reunir el arrojo necesario para ahuyentarla con alguna de mis pérfidas argucias, doblegado por la gélida

mirada que irradian sus bellos ojos azules. Sin pudor ni temor alguno, se dirige a mí con voz estridente y aguda:

—Tú sales en mi libro —me espeta sin tan siquiera interesarse por mi estado.

Perplejo, logro ponerme en pie y dar unos pasos hacia ella. La niña se quita su mochila ceremoniosamente para sacar de su interior una encuadernación antigua, con aspecto de manual infantil de la época de sus abuelos. Me hace una seña para que me acerque y ella misma comienza a pasar las páginas, mientras me arrellano en una roca, a sus pies y alcanzo a leer el título de la portada: "*Leyendas del Camino Mozárabe Sanabrés*".

Se agacha y me muestra, a una distancia tan corta que casi nos rozamos, una ilustración en la que se aprecia a un hombre cuyo semblante me resulta familiar, recordándome el reflejo que tantas veces me ha devuelto la superficie cristalina de los arroyos de montaña que me sirven de espejo. El detalle de la ilustración me permite contemplar con nitidez un desmañado personaje, envuelto en una especie de levita de paño basto y negro similar a la que yo visto, de mirada páfida y maligna, rostro enjuto y demacrado y una barba larga y cerdosa. Todavía admirado y perplejo ante aquella extraña similitud entre el dibujo y mi propio reflejo, me retraigo en silencio ante la pequeña que, girando de nuevo el libro comienza a leer:

«Entonces el abad, al sorprenderlo derruyendo con saña durante la noche el tejado y los muros de la iglesia de Santa María de Moreruela, lo dejó hacer hasta que el agotamiento le venció y le ofreció un cántaro con agua que no pudo rechazar, sediento por el esfuerzo realizado. Una vez engullida toda la vasija de cristalino y puro líquido, el abad le dijo que era agua bendita, quedando así vencido y doblegado. Le impuso como castigo vivir apresado en la santidad del camino, entre el bosque donde los paganos lo adoraban y las ruinas de aquella iglesia que había destruido; además de una segunda pena aún mayor, a la altura de su maldad, la pérdida de su más preciado bien: la memoria.»

Tras leer el fragmento, la niña alza la mirada y dando la vuelta al libro, me lo entrega abierto por la página que recoge la leyenda. Tembloroso, lo sujeto

mientras mis ojos, anegados en lágrimas, se dirigen ansiosos hacia el pie de la ilustración que me retrata, en busca de mi nombre y mi condena:

«Lucifer, perdida la memoria, quedó atrapado en el camino sanabrés.»

